

ciones, todos los votos de los aruaques son para los avanzados, excepto el voto de *Pan de leche* que, por sus riquezas y su título de cacique, cree que es de buen tono declararse conservador; pero su ejemplo no arrastra á nadie y hasta se dice que, durante un escrutinio, quiso imitar á nuestros *electoreros* de Europa y, sin respeto á su bastón sagrado, tuvo que salir de la iglesia perseguido por sus súbditos. Así, pues, los acontecimientos de 1848 resonaron hasta en las altas montañas de Sierra Nevada, en bien de los indios. Nada prueba mejor que esto la solidaridad entre los pueblos.

ciones, todos los votos de los aruaques son para los avanzados, excepto el voto de *Pan de leche* que, por sus riquezas y su título de cacique, cree que es de buen tono declararse conservador; pero su ejemplo no arrastra á nadie y hasta se dice que, durante un escrutinio, quiso imitar á nuestros *electoreros* de Europa y, sin respeto á su bastón sagrado, tuvo que salir de la iglesia perseguido por sus súbditos. Así, pues, los acontecimientos de 1848 resonaron hasta en las altas montañas de Sierra Nevada, en bien de los indios. Nada prueba mejor que esto la solidaridad entre los pueblos.

XV

El naufragio.—La enfermedad.—La derrota

Después de mi visita á San Miguel, había empleado unos días en recorrer bosques y prados de Sierra Nevada. Todos los valles que ví, presentaban terrenos excelentes para el cultivo y, escalonados, podían producir toda una serie de plantas, desde la vainilla aromática, bañada siempre por una atmósfera húmeda y ardiente, hasta el líquen de Islandia, que germina penosamente sobre la tierra, al pie de las piedras nevadas. De todos esos valles tibios, templados y fríos, el que más me satisfizo fué el valle de San Antonio: por su clima y por su tierra ninguno me pareció más hermoso y más fértil. Los mosquitos son muy raros, los *barberos* menos numerosos y gruesos; las culebras son comunes y las mayores son pequeñas boas inofensivas. Además, el pueblo tiene la inmensa ventaja de comunicarse con el llano por un camino de herradura. Todo esto, hizo decidirme por una pequeña hondonada de unas cincuenta hectáreas, situada á media legua de San Antonio, á orillas del arroyo Chirúa y á la espalda de la montaña de Nanú. En cuanto tuve el terreno elegido, nos pusimos en marcha Luisito y yo hacia Río Hacha, para hacer los modestos preparativos de nuestra colonización.

El viaje de regreso fué menos accidentado que

el de exploración; pero no dejó de ser penoso, sobre todo para mí, que, en las correrías por los montes, había usado varios pares de alpargatas de cuerda de agave, y tenía los pies deshechos y ensangrentados por las piedras. Al final del segundo día, llegué, cojo y sin poderme sostener, al pueblo de Dibulla; como me sentía incapaz de continuar la marcha, alquilé un *cayuco* para que nos llevara á Río Hacha. Por desgracia, el agua estaba bastante alborotada y no fué posible hacernos á la mar hasta pasados dos días, teniendo que refugiarnos en la cabaña del batelero, pobre leproso cuya hospitalidad generosa no podíamos rechazar.

Cuando llegué á Río Hacha, necesité más de un mes para reponerme de las fatigas.

Una vez terminados los preparativos de emigración, decidimos marcharnos Luisito y yo con los dos mulatos Mejía y Bornier, que querían ser miembros de nuestra colonia; don Jaime Chastaing debía quedarse para presenciar el embarque de los instrumentos de agricultura y los útiles necesarios para construir nuestras cabañas.

Juicioso por experiencia, elegí la vía marítima; pero, en contra de mis precauciones, el segundo viaje tenía que ser más rico en accidentes y más peligroso que el primero.

En cuanto hubimos pasado Punta Tapias, el viento arreció de tal manera que imprimió á la barca una velocidad extraordinaria; á pesar de los esfuerzos del barquero, el bongo danzaba á derecha é izquierda y cada ola lo llenaba de espuma. Muy pronto llegamos frente á Dibulla, donde debíamos desembarcar. Mantenernos por más tiempo en el mar y en tal embarcación, era insensato; nos fué preciso dirigirnos resueltamente hacia la desembocadura del río Dibulla, exponiéndonos al nau-

fragio. «¿Qué importa?—decía el patrón del bongo, hombre terrible, cuya cara parecía un odre negro con rayas amarillas,—¿qué importa, con tal que yo me salve?» Cuanto más nos acercábamos á la orilla, más impetuosa era la corriente; las olas, cargadas de arena, nos perseguían rugiendo y, alcanzándonos, caían sobre nosotros como si fueran rocas; dejaban el bongo medio lleno de agua balanceándose como aturdido, y luego, otra más fuerte venía con mayor ímpetu á empujarlo con infernal violencia. Por fin, en un choque más fuerte que los otros, volcó la barca, y, sin saber lo que nos sucedía, fuimos todos arrojados en el más pintoresco desorden, en medio de la arena de la embocadura. Así se desembarca una vez cada cuatro en el puerto de Dibulla.

Mi idea era alquilar á los aruaques, si ellos consentían, sus bueyes, que, nacidos y criados en la Sierra, son los únicos animales capaces de transportar pesadas cargas á través de ríos y pantanos; las bestias de carga, acostumbradas solamente á seguir los caminos del llano, resisten con dificultad al cansancio de tales viajes. Por una desgracia que yo debiera haber tenido en cuenta, ni un aruaque se encontraba entonces en Dibulla: no tuve más remedio que detenerme en este pueblo desgraciado, rodeado de pantanos infectos.

Dibulla, que según la tradición, fué á mediados del siglo XVI una ciudad populosa, no conserva ninguna de sus pasadas grandezas. Entonces se llamaba San Sebastián de la Ramada, y la causa de su ruina se atribuye á una contribución de doscientas mil piastras, impuesta por Lerma, gobernador de Santa Marta en aquella época. En toda la extensión del río del mismo nombre, alrededor de la población, apenas si se encuentran algunas

plantaciones, y las construcciones son bastante menos confortables que las de los aruaques. La primera que ví, no tenía en pie más que dos murellas agrietadas, sobre las cuales descansaba una cubierta de hojas de palmera, retorcidas por el viento, como los restos de un naufragio; de las otras dos paredes que se habían venido abajo, ni siquiera se habían tomado la molestia de retirar los escombros. En medio de esas ruinas, habitaba una familia; la mujer estaba ocupada en los quehaceres propios de su sexo y estado, y los niños jugaban al escondite por entre los muebles, mientras el padre, majestuosamente instalado en un gran sillón, contemplaba al mismo tiempo que la naturaleza, su puchero que estaba al fuego.

Por las calles de Dibulla pululan multitud de criaturas completamente desnudas, cuyo vientre, enormemente hinchado, llama la atención á primera vista. Casi todos los habitantes del pueblo, hombres ó mujeres, están atacados de elefantiasis, lepra ú otras repugnantes enfermedades de la piel. Es imposible formarse una idea del aspecto horroroso de esas caras y cuerpos manchados como piel de salamandra. Cuando se mira á esos seres, que no puede negarse que pertenecen á nuestra raza, se siente uno orgulloso, no sólo de estar limpio, porque en ello no puede haber orgullo, sino de tener la debilidad de mirarse al espejo, como ellos mismos hacen con la mayor complacencia. A esas terribles enfermedades de la piel, se junta, en la mayor parte de los pacientes, una hinchazón del bazo y del hígado, muy visible al exterior. Muchos de ellos contraen, además, la *jipatera* ó geofagia, y comen con avidez tierra, madera, carbón y, sobre todo, pedazos de pizarra. El viajero granadino Ancizar, que observó esta enfermedad en otras par-

tes de Nueva Granada, encontró una vez á un pobre indio que se entretenía en lamer una losa húmeda en donde había algunos pequeños fragmentos de pizarra. «No tengo pan—dijo el desgraciado—pero la pizarra mojada está muy buena y lo sustituye.»

Al tercer día de mi residencia en Dibulla, era ya presa de una terrible calentura. Las comadres del vecindario se reunieron en gran consejo alrededor del jergón donde estaba acostado, y pronunció cada cual su sentencia sobre mis probabilidades de vida ó muerte: la opinión general fué, que á los pocos días, me llevarían al cementerio. Era cosa grave, en efecto, caer enfermo en un pueblo donde los únicos médicos son leprosos y comedores de tierra, en donde no conocen la química ni hay otros remedios que simples procedimientos empleados al azar y, en donde los insectos y otros animales nocivos pueden entrar. Más de una vez los lagartos penetraron en mi casa por las grietas de la pared, y vinieron á visitar mi cama; uno de ellos, un gran *labo* de dos pies de largo, anidó sobre mi pecho mientras estuve en el período del delirio. Un día mataron mis vecinos una serpiente de cascabel que estaba metida en una rendija de la cabaña que yo habitaba. Otro día, un jaguar devoró á un asno que habla en un cobertizo que se comunicaba con mi choza. Unos recién casados, á quienes las alegrías de la boda les hacía olvidar los sufrimientos del extranjero, fueron bastante crueles para convocar en la choza vecina á unos dulzaineros, y amenizar la fiesta nupcial durante toda una interminable noche. Estos accidentes eran en sí poco agradables, pero tal vez me hicieran mucho bien recordándome el sentimiento de las cosas exteriores: cuando mi asociado don Jaime llegó de Río-

Hacha, trayendo las drogas más indispensables, el período más fuerte de la fiebre había pasado.

Mi más asiduo visitante era el *padre* Quintero, cura de Dibulla. Se llamaba blanco, y tal vez lo fuera de origen, pero, sin embargo, era tan moreno como sus feligreses, y por sus costumbres no se distinguía en nada de sus fieles. En otro tiempo había sido cura de un pueblo de Sierra Nevada; pero, dominado por la funesta pasión del aguardiente, había conseguido que le faltaran al respeto hasta el punto de que un día, un tímido aruaque soltara un par de garrotazos á su religiosa *humanidad*. Después, su querida, deseosa de volver á ver á sus amigos del llano, se le fugó, refugiándose en Dibulla. Inmediatamente abandonó su curato y se marchó en busca de su bella fugitiva, é instalándose en Dibulla, había impuesto, de grado ó por fuerza, su dirección espiritual á todos los habitantes del pueblo. Hay que decir que el padre se hacía perdonar sus faltas por la franqueza y la jovialidad que le caracterizaban; era además muy desinteresado. Para mí tenía el mérito inapreciable de conocer la Sierra mejor que nadie en el mundo, y cuyos principales valles había explorado él solo.

Una de las debilidades del padre Quintero era la de creerse muy sabio, y raramente abría la boca sin meter en su conversación unos cuantos latinajos, que sólo servían para conservar un poco su influencia en el pueblo. Cuando me abordó por primera vez, me saludó con el título de *Dominus* y me recitó un pasaje de su breviario; pero, una risa irónica, le hizo, tal vez, suponer que yo sabía á qué atenerme sobre sus conocimientos lingüísticos, porque después ya no me interpeló en latín más que en momentos de olvido. A pesar de las extravagancias del pater, debo confesar que su com-

pañía y su trato me sirvieron de distracción durante las largas mañanas de sufrimiento; pero, por la tarde, cuando había empezado sus libaciones, el pobre hombre era completamente insoportable. Entonces me abrazaba, me hacía el confidente de sus disgustos domésticos, derramaba sobre mi cara lágrimas de emoción y exigía de mí la promesa solemne de odiar eternamente á los españoles, porque el «bárbaro general Morales» había fusilado á su padre. Por la noche era más molesto todavía: reunía á sus compañeros de embriaguez, y, so pretexto de cumplir con los deberes que impone la cortesía española con un caballero extranjero, organizaba á la puerta de mi choza unos coros estrépitosos que no tenían nada de musicales.

El primer período de mi convalecencia duró dos largos meses, durante los cuales don Jaime maldijo miles de veces su suerte negra, lamentándose de ser el hombre más desgraciado de la tierra. La verdad es que la suerte no le era favorable. Los aruaques, asustados por las amenazas de los tratantes, de los que nos creían competidores ó jueces de sus exacciones infames, no querían ceder nos á ningún precio sus animales de carga; uno sólo que se comprometió á transportarnos la caja de las herramientas, la forzó en el camino; se llevó las que quiso y las demás las dejó abandonadas. Nos faltaba apelar al último recurso. Mandé á Luisito á casa de *Pan de leche* para que le relatara nuestra triste situación, hacerle conocedor de nuestros proyectos y rogarle que nos prestara sus bueyes y sus mulas para el transporte de los utensilios. Algunos días después, *Pan de leche*, personalmente, se presentó con su caravana.

La marcha se organizó inmediatamente. Convinimos en que don Jaime y yo saldríamos delante

montados en las dos mulas, y Luisito y sus dos compañeros vendrían detrás, al cuidado de las caballerías cargadas. El primer día de marcha, desde Dibulla á Cuesta Basilio, fué lo más feliz posible; pero por una de esas series de contratiempos que han dado lugar á tantos proverbios en todas las lenguas, el día siguiente no debía pasar sin que nos sucediera algún grave accidente.

La mula que yo montaba se encabritó en un paso peligroso del camino y se negó á avanzar; la excité inútilmente; muy pronto se desplomó sobre las patas traseras, sus ojos se nublaron y empezó á agitarse con un temblor nervioso; no cabía duda que estaba atacada de una enfermedad, casi siempre mortal, conocida con el nombre de *derrengadura*.

Tenia que continuar mi camino á pie, porque don Jaime, cuyas piernas estaban hinchadas por las picaduras de los mosquitos, no podía tenerse en pie. Confiaba demasiado en mis fuerzas y continué mi marcha durante algunas horas; pero, debilitado por mi larga enfermedad, no pude resistir á la fatiga. Sentí poco á poco que la vida me abandonaba; de repente, todo ennegreció á mi alrededor y caí desvanecido en el suelo.

Cuando desperté, un continuo escalofrío sacudía mis miembros, y me encontraba tendido á la orilla del camino, sobre una cama de hojas de helecho; don Jaime construía sobre mi cabeza una pequeña cubierta de ramas y hojas. Me ofreció su cabalgadura, pero yo no la acepté; á su edad era muy peligroso quedarse expuesto á la tempestad; además, enfermo como estaba, me hubiese sido imposible llegar yo solo á San Antonio; era preferible, bajo todos los puntos de vista, que se marchara él solo, lo más pronto posible, y que me enviara su caba-

llería ú otra cualquiera con un guía aruaque. Así lo comprendió, y, algunos minutos después, le ví desaparecer en una curva del camino.

Mi posición era crítica; el viento precursor de la diaria tempestad empezó á soplar; muy pronto, agitaba la cubierta que don Jaime había construido, como si fuera una débil rama. Las hojas que me cubrían, desaparecieron, y el agua torrencial que arrojaban las nubes, atravesaba la cubierta y me inundaba.

La noche llegó al fin, cesó el huracán, pero á este sucedió un enjambre de zancudos; hice esfuerzos para reconciliar el sueño, pero la calentura me tuvo constantemente despierto. En cuanto los primeros resplandores del día descendieron de las cimas de los montes, la espera, ese sentimiento tan penoso ordinariamente, me obsesionó por completo. Cada roce de ramas se cambiaba en un grito; los bramidos de los monos eran voces de amigos que venían á salvarme; los murmullos del torrente, saltando por las piedras, me parecían el galope de un caballo que no llegaba nunca.

De repente, oí golpes y pasos en el camino pedregoso, y ví á un indio que venía por la parte del llano con sus bueyes de carga y su mujer, llevando un niño en la mochila. Al verme, pareció agradablemente sorprendido por hallar á un blanco en tan lastimoso estado, y se situó frente á mí, sentado en una piedra, contemplándome largo tiempo con una sonrisa de satisfacción. Para él ¿no sería yo, tal vez, uno de esos hombres execrables que venían á explotar á él y á sus hermanos, arruinándolos con las deudas y haciéndolos esclavos de un trabajo continuo?

Si los genios de Tairona me castigaban con las enfermedades y con la muerte, ¿no era bien justo

que así fuera, puesto que había yo contribuido á destruir la humilde tribu de aruaques? Cuando creí yo haber saboreado suficientemente su venganza, se alejó sonriéndose, y yo tuve la cobardía de verle desaparecer con sentimiento; el pobre indio animaba un poco mi soledad y me acompañaba, durante mi eterna espera. Afortunadamente, poco después llegó Luisito con los dos mulatos, seguidos de los bueyes cargados con nuestros instrumentos de agricultura; eran amigos, casi salvadores aquellos hombres á quienes saludaba, que venían en mi ayuda; el que se quedó á mi lado, con sólo su presencia consiguió calmar grandemente mi calentura.

La tempestad del día había empezado desde hacía una hora, cuando tuve la alegría de oír los gritos de un aruaque que bajaba, montado en una mula, de lo alto de las montañas. En cuanto llegó, ocupé su puesto en la caballería y nos pusimos en marcha á pesar de la tempestad. El animal escaló las rocas, atravesó los torrentes y ríos y se dejaba caer resbalando, juntando sus cuatro patas, por las bajadas arcillosas: yo me sentí atacado del vértigo de los ensueños, no permitiéndome ni un sólo movimiento. Por fin, á las diez de la noche llegamos á San Antonio, donde me tenían preparado un licor fortificante, una cama y un abrigo.

Haba llegado al término de mi viaje, aunque con mucha pena, y creí al fin, que la obra de colonización estaba seriamente empezada. Mil vanas ilusiones, evocadas en parte por la fiebre, flotaban en mi espíritu: veía las faldas de los montes cubiertas de plantaciones de café y de bosques de naranjos; los aruaques, libres y felices, fundando comunidades florecientes; escuelas para los niños indios; colonias de europeos roturando los bosques vírgenes; caminos abiertos en todas direc-

ciones, se veían llenos de carros y ¿qué sé yo? un servicio regular de vapores unía á Dibulla con el resto del mundo. Seguramente, todas esas cosas se realizarán un día; pero yo no debía influir para nada, y todas mis esperanzas estaban condenadas á evaporarse miserablemente.

En los primeros días, todo marchó á pedir de boca. Yo estaba enfermo, es verdad, y no podía sino muy rara vez dar un paso fuera de la cabaña; pero don Jaime había empezado los trabajos con entusiasmo juvenil, y en dos puntos diferentes á la vez: en el mismo San Antonio, en un jardín casi abandonado, que habíamos adquirido, y en Chirúa, en el terreno elegido en mi primer viaje. Roturaban el terreno, plantaban plátanos, cafetos, caña dulce y legumbres de todas clases; arrastraban piedra hacia la pequeña meseta en que debíamos construir nuestra casa de pueblo, cortaban troncos para edificar nuestra choza en el campo; levantaban por varios lados barreras y cercos de cactus, para impedir la entrada de los animales, é incendaban las hierbas del prado; todo se hacía á la vez. Estaba verdaderamente asustado de tanta actividad, pero yo me sentía demasiado feliz con todo ese entusiasmo para manifestarle á don Jaime mi opinión contraria á tanta empresa, empezada al mismo tiempo.

No había pasado un mes completo, cuando ya el trabajo había disminuido notablemente. Todo empezaba á disgustar á don Jaime, la tierra, el aire, los indios, las aguas, la agricultura. So pretexto de buscar mejores terrenos para la plantación, abandonó los trabajos en los prados de Chirúa y fué á empezar otros nuevos á media legua más lejos del pueblo. Muy pronto, riñó con el joven Mejía, nuestro mejor obrero asociado, y sin despe-

dirlo precisamente, porque era yo quien le había invitado á seguirnos, consiguió hacer que se marchara á fuerza de vejaciones y miserias. Y lo más grave de todo, es que se hizo hostil á los aruaques, lo cual nos exponía á morir de hambre, porque, mientras crecían nuestros plátanos y demás plantas alimenticias, no teníamos otro remedio que tomar de ellos nuestras provisiones; sin la protección de *Pan de leche* nadie hubiera venido á cambiar sus artículos con nuestro bacalao y nuestra lana, y el hambre nos hubiera obligado muy pronto á bajar á Dibulla. La desesperación se apoderó de don Jaime; deploraba su lamentable destino, maldecía sus canas y le martirizaba la nostalgia de aquellas dulces tardes pasadas á la puerta del ingeniero Rameau. Por fin, me anunció que nuestra asociación había terminado; hizo sus preparativos y se marchó.

¿Qué podía hacer yo, viendo aquel desastre de mis proyectos de colonización? Si yo hubiera tenido salud, los trabajos se hubieran continuado con arreglo á mis planes; pero, tres meses después de mi llegada á la Sierra, estaba tan enfermo como el primer día; no podía dar cien pasos, ni tocar una gota de agua fría sin sentirme atacado por la fiebre, por el delirio. Las lluvias continuas de la temporada habían hecho fermentar el heno que servía de tejado á mi cabaña, y corrompía la atmósfera que me rodeaba; luchaba contra la muerte sin la seguridad de vencerla; de continuar solo, tenía que sucumbir fatalmente. No tenía otro remedio que partir. Y con una tristeza profunda, abandoné á los pobres indios, tan bárbaros aún como el día que los ví por primera vez; me puse en marcha; poco después, perdí de vista mi cabaña, mi plantación y el vasto prado de Chirúa; luego, ví desaparecer,

detrás de un escalón de la montaña, el hermoso valle de San Antonio, y, subiendo mi pobre caballo la senda pedregosa de Caracasaca, cesé de oír el murmullo del arroyo, cuya voz tantas veces había respondido á mis ensueños del porvenir. Algunos meses después, estaba en Europa. Al entrar en mi verdadera patria, me pareció haber llegado al país del destierro.